

Hacía mucho frío y sus brazos empezaron a temblar. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Miró al cielo. En medio de aquella fantástica vista empezó a observar cómo se formaba una estela de muchos colores, la mayoría verdes. No era magia, ni tampoco la obra maestra de la diosa Aurora; era el fenómeno más espectacular de la naturaleza, el más puro. Cerró los ojos y el frío desapareció.

Aquel febrero iba a ser un buen mes. La crisis económica se había superado plenamente desde hacía ya unos cuantos meses y el mundo respiraba tranquilo. El año anterior había sido un año lleno de supersticiones, teorías del fin del mundo y un sinfín de chorradas pseudocientíficas. Además, había coincidido con el cambio de la estación solar. Muchas investigaciones advertían de posibles tormentas solares y otros problemas ocasionados por nuestra estrella. Y por si fuera ya poco, un asteroide tuvo que acercarse más de la cuenta a nuestro planeta.

Cuando llegó el fin del año ya no había lugar para estas teorías y el consumismo volvió a llenar los pensamientos de todas las personas.

Ahora más que nunca dependíamos de la tecnología. Estábamos absortos en nuestros propios inventos, en nuestros avances. Ya no sabíamos observar nuestro planeta, ya no nos parábamos a contemplar la naturaleza. Se nos había olvidado lo insignificantes y minúsculos que éramos. Incluso los científicos, observadores y extravagantes en antaño, habían perdido toda curiosidad por la naturaleza. Creían conocer todo, ser capaces de predecir y anticiparse a cualquier cambio.

Por aquel entonces, Benjamin tenía 27 años. Era bastante alto y estaba delgado, sus piernas y brazos eran finas lo que hacía que pareciera más alto de lo que era en realidad. Pero no era su aspecto lo que llamaba la atención, era su mirada. Era una mirada distante y a la vez penetrante, la mirada de un sabio anciano en la cara de un joven.

Tras terminar sus estudios empezó a trabajar en un proyecto que tenía en mente desde hacía muchos años. Era un proyecto relacionado con el sol. Aquella estrella, nuestra estrella, que en la Antigüedad había suscitado tanto curiosidad, era ahora una insignificante bola de fuego. Todo el mundo sabía que gracias a él existía la vida pero nadie perdería su tiempo en estudiarlo en profundidad. Benjamin sentía una gran curiosidad por el Sol, sobre todo acerca de su funcionamiento. Había leído cantidad de libros acerca de él pero ninguno entraba realmente en detalles, ni siquiera los más recientes.

Decidió viajar a la Antártida donde podría observar el sol mejor que en cualquier otro sitio. Seguía siendo el único lugar de la Tierra en la que el hombre no había conseguido asentarse de forma permanente. En el gran continente helado solo había algunas estaciones científicas, la mayoría de ellas abandonadas.

Tras meses de investigación, Benjamin descubrió por casualidad un dato aterrador. Unas manchas en la corteza de la estrella le permitieron predecir el estallido de una tormenta solar, una de las más

potentes jamás registradas. Por supuesto, lo primero que hizo fue avisar y publicar su investigación. Esperaba que se tomaran medidas para poder enfrentarse a aquella tormenta, pero nadie le escuchó. Lo tomaron por un loco. ¿Quién dedicaría su vida a estudiar algo como el sol?

Él no podía hacer nada, al fin y al cabo, era un simple científico que no podía competir con el sol. Solo podía esperar... y ver las consecuencias.

Como predijo, el 20 de julio se produjo una increíble tormenta en la superficie de nuestra estrella. Millones de toneladas de plasma fueron lanzadas directamente hacia nuestro planeta, donde era un día normal como otro cualquiera. Nadie estaba preparado porque nadie les había avisado. Benjamin lo sabía pero no podía hacer nada.

Tras unas horas se empezaron a formar auroras boreales en los polos. Benjamin pudo observar una realmente increíble. En el resto de lugares se empezaron a formar también, incluso en los países más cercanos al ecuador. Nadie sabía lo que pasaba pero el espectáculo era seguido de cerca por todos.

Lo peor que podría haber pasado, ocurrió durante la noche. Debido a la tormenta la mayoría de los aparatos electrónicos se estropearon, incluidos los satélites que orbitaban en la Tierra. Hubo cientos de accidentes aéreos y de tráfico pero los hospitales estaban sin corriente y poco podían hacer. Las grandes ciudades quedaron completamente a oscuras y cundió el pánico entre la población. Por primera vez, Internet dejó de funcionar globalmente.

Irónicamente, los países menos desarrollados, donde la electrónica aún no había llegado, no habían notado las consecuencias de la tormenta. Todos los países de África observaban pacíficamente las auroras en el cielo.

Después de un rato, Benjamin se dio cuenta que el generador de su pequeña estación había dejado de funcionar. Sabía lo que eso significaba. Estaba a cientos de kilómetros de cualquier otra estación y no podía hacer otra cosa más que observar el cielo. Desde allí podía ver todas las estrellas envueltas en las auroras que no paraban de formarse. Por una parte estaba triste porque sabía que se podían haber preparado para la tormenta, pero por otra parte era feliz, la gente volvería a apreciar la naturaleza y el sol. La curiosidad volvería a inundar la cabeza de la gente.

Hacía mucho frío y sus brazos empezaron a temblar. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Miró por última vez al cielo. Allí se formó su última aurora boreal. Era el fenómeno más espectacular de la naturaleza, el más puro. Cerró los ojos y se durmió.